

En memoria de Jorge Hurtado Gumucio

Por Pedro Musalem Nazar, Médico cirujano, Magíster en Salud Pública, Doctor en Antropología Social.

Jorge Hurtado ha muerto, se lo ha llevado la pandemia: ha sido, pues, una muerte repentina y, porque estaba sano y radiante, una de ésas muertes que nos resultan más difíciles de aceptar, y que más injustas nos parecen. En efecto, Jorge estaba pleno de vida, entregado a esa misma tarea a la que se dedicaba con pasión: investigar la planta de la coca, y trabajar con ella para restablecer los equilibrios perdidos, tanto en sus pacientes, como en la maltrecha cultura global – donde el aspecto social, es decir, sagrado de la planta – ha sido disgregado y pervertido. Nos quedan sus obras, sus libros sobre estos temas, a los que tendremos que volver, y los caminos que enseñó, y que seguiremos recorriendo.

Jorge era una persona alegre y cabal, de buen trato, maneras sencillas y elegantes; estaba dotado de una gracia natural, que dispensaba a todos por igual, sin hacer distinciones – a doctores y campesinos. Tuve la suerte de compartir con él una variedad de situaciones: en tomas de plantas sagradas (al alero de Takiwasi, donde nos conocimos) en busca de visiones, o recorriendo los mercados populares de la ciudad de La Paz, en busca de mercaderías, o en reuniones con campesinos cocaleros, acullicando, o en marchas y encuentros políticos, en busca de la comunidad. En todas estas situaciones, Jorge irradiaba alegría y buen humor. Traía a los ambientes una claridad serena – estaba despierto, y sus palabras eran prudentes. También, un entusiasmo entrañable. Son éstas en verdad cualidades que la coca puede comunicar a quienes la saben tratar.

Jorge era médico psiquiatra, y terapeuta gestáltico siempre en ejercicio, y quizá por esto, por haber trabajado profundamente en la comprensión de su propia humanidad, sabía comunicarse de un modo directo y vibrante, sin rodeos. Tenía uno la impresión de hallarse ante un ser ágil y joven, y al mismo tiempo, ante un sabio andino que se movía con la maestría del cóndor, aparentemente inmóvil en los espacios celestes de las energías sutiles. Visitar La Paz ya nunca será lo mismo: nos queda aprender a movernos como si anduviéramos con él, a través del tiempo y los espacios latinoamericanos, que tanto y tan bien amó.

Sabido es que la Gestalt es la Forma que se completa, la figura que encuentra un camino hacia sí misma, el tiempo que se humaniza, adquiriendo un ritmo: se diría que el creador del Museo de la Coca y del centro de salud Cocawasi, llegó a integrar esta práctica de la Gestalt a su vida cotidiana. Jorge – se notaba – había aprendido a estar Aquí y Ahora, en el elemento de la atención despierta. Sabía estar presente, y por eso creo que podremos encontrarlo cada vez, en la existencia común, que late y se celebra a sí misma, en la eternidad del presente.

La última vez que lo vi, hace un par de años, había construido – en su faceta de inventor y de hombre práctico – con sus propias manos un Tanque de Flotación, o Cámara de Aislamiento Sensorial, proyecto del que le oyerá hablar quince años atrás. Es un artefacto de madera terciada, con filtro eléctrico y unos parlantes sumergidos. Sintonicé la música apropiada, entré en el agua saturada con sales de magnesio, entibiada a 37 grados, y cerré la puerta por dentro. Permanecí una hora flotando en silencio, en completa oscuridad, perdido en los mundos que ahí se abren. Salí como si hubiera vuelto a nacer, a contemplar los coloreados picos de piedra y arenisca que se despliegan ante la terraza de su consultorio médico, en el distrito de Mallasa, en la ciudad de La Paz. Hablaba de construir otro tanque de flotación para Cocawasi. Andaba esos días dedicado al trabajo cooperativo con los campesinos cocaleros de Los Yungas: sembramos plantas de coca, acullicamos, y probamos del delicioso mambe que estaba preparando, cuya fórmula continuamente mejoraba, y que tenía planes de distribuir a los países vecinos.

Tengo conmigo todavía una porción: alcanza para hacer una última mambeada. Planeaba regresar, apenas pasara esta pandemia que se lo ha llevado, a encontrar de nuevo su mundo y sus inventos – y sus trabajos con la coca. Nos queda ahora buscar en la suave luz de esta planta, el mambe espiritual que Jorge seguramente estará repartiendo del otro lado. Vuela alto, hermano. Hasta siempre.